

## UNA MIRADA AL FENÓMENO DE LA VIOLENCIA DESDE LA LITERATURA

### ESTADO DE SITIO

Veinte años después de decretado el estado de sitio en todo el país en Puerto Ventura todavía permanecía bajo el toque de queda implantado por el Alcalde militar, Sargento Próspero Bueno, después del atentado que le costó un brazo, una pierna, un ojo y dos años y medio en el hospital del puerto, desde donde gobernaba dictando las medidas necesarias para el restablecimiento del orden público y la conservación de la institución.

De modo que ya nadie se atrevió a salir a las calles, y cuando a Milciades Patiño lo mataron los pájaros cuando trataba de alcanzar el último buque que salió del puerto, todos clavaron las puertas y ventanas de sus casas y decidieron morir de muerte natural.

Durante todo ese tiempo, interminable y pegajoso, el pueblo había sido invadido por millares de cangrejos que siempre molestos por los tantos tiros que hacían los policías, arremetían contra ellos y a punta de mordiscos los empujaban hasta el mar o los encaramaban en la reluciente estatua de la Libertad, levantada al frente a la alcaldía.

A comienzo del año veintiuno, en el mes de abril, ya el pueblo no valía gran cosa; los montones de sargazos, las algas, los peces muertos dejados por las mareas, se habían ido pudriendo en las calles; y, a finales de diciembre, su hedor era tan insoportable y tan denso que el dragoneante pensaba (aunque no se atrevía a



decirlo) que podría servir de paredón de fusilamiento -al menos en eso pensaba-; pero el pájaro mayor, el alcalde, no lo pudo soportar por más tiempo y comprendió que era necesario hacer una limpieza inmediata de Puerto Ventura; así que ordenó levantar el toque de queda, y como ninguna puerta se abrió desde adentro, mandó echarlas abajo, y sólo al caer la última, desgajada a tiros y culatazos, supieron que en el puerto no quedaba ni un alma.

---

\* Filósofo, pedagogo, escritor. Ex asesor pedagógico del SENA Regional Manizales. Coordinador de los Postgrados en Educación de la Universidad El Bosque, Regional Manizales

-¡Hemos matado a todos! - gritó horrorizado el dragoneante.

- Qué importa -dijo el alcalde militar, acariciándose un muñon-, si con esos “suicidios” colectivos hemos restablecido el orden público y el imperio de la ley”.

Tomado de Las Raíces de la Ira  
Carlos Bastidas Padilla.

Hablemos de la violencia para no sufrirla ni mucho menos hacerla. Hablar de la Literatura sobre la violencia en un país consuetudinariamente violento, puede ser una obviedad insignificante, puede ser un contrasentido o puede ser un aporte mínimo para combatir la “cultura” de la violencia buscando implantar la cultura de la belleza, la poesía y el juego. Esperamos que le nuestro sea el tercer caso.

Nuestra cotidianidad es tan violenta y la “cultura” de la violencia está tan presente en nuestro acontecer que conlleva a que poco miremos la violencia en el contexto de la cultura. La “cultura” de la violencia nos insensibiliza, por lo que debemos intentar que la “violencia” de la cultura nos libere, nos exorcice. Valga mencionar aquí la tesis de Mario Vargas Llosa sobre el quehacer literario: el mundo en el que nos ha tocado vivir está mal estructurado, tiene tantas facetas indeseables y nos tratan tan mal, que necesitamos inventarnos un mundo alternativo, como rechazo al cansancio de éste. El arte nos da esa posibilidad, al hacer del hombre un creador de los mundos alternativos deseables. Es una versión moderna de la función catártica atribuida a la tragedia entre los griegos.

El problema surge cuando ni siquiera nos enteramos de que el mundo que nos ha tocado en suerte, tiene como signo característico la violencia. La hemos llegado a ver como un acontecer “normal”, situación límite en la cual es necesario que alguien o algo nos sacuda. Nada mejor para lograrlo lúdicamente que el arte, la literatura.

Se habla de una literatura sobre la violencia. “De cuál violencia en un país donde hay tantas violencias?” Cuando estaba revisando los borradores del libro de Carlos Miguel Ortiz Sarmiento: Estado y Subversión

en Colombia. La violencia en el Quindío años 50, encontré que al autor le llamó mucho la atención que

“Los habitantes de cierta edad dividen en dos partes su biografía, sus memorias familiares, la historia de la comarca; a semejanza sin duda de muchas otras regiones, el acontecimiento que marca el corte es la violencia. Para situar cronológicamente hasta los más insignificantes acontecimientos del pasado, la gente madura tiene la costumbre de decir: antes de la Violencia, después de la Violencia. La connotación del término así escrito, la Violencia, no es en este país la de un sustantivo común, sino el nombre de una época; yo diría que el vocablo tiene doble origen: lo generalizó el lenguaje oficial y lo acuñó también el habla de la calle; origen doble de los intereses y las formas culturales que se movieron en la violencia misma”.

“Hay aspectos del vocablo que me llamaron la atención. Era llamativo, por ejemplo, que no solamente se empleara en la periodización de los hechos, sino que sintácticamente desempeñara la función de sujeto en las oraciones; esto me permitió ver después cómo la Violencia vivencialmente constituía para aquellos habitantes de todas las capas sociales, un gran Sujeto personificado, activo, creador de acontecimientos - dolorosos -, en síntesis devastador. ‘La Violencia nos mató un hermano, nos mató el padre’, ‘La Violencia nos quemó la casa, nos quitó la tierra’, ‘La Violencia nos sacó del campo’, ‘mi esposa tuvo un hijo anormal debido a la Violencia, y eso la llevó a la locura y al suicidio, por la Violencia’.”

“Una época en que decían: los ‘chulavitas’ conservadores, los pájaros, mataron allí, incendiaron acá; o los chusmeros liberales, o el ejército, o los bandoleros: encarnaciones supremas para los unos o para los otros, del mal absoluto. Hoy en cambio, el término globalizador de la Violencia tiene la virtud de permitir recordar la historia sin atribuir responsabilidades y claro está sin explicarla” (Ortiz, 1985, p. 21.).

Nos referimos así, entonces, a la Violencia con mayúsculas que, iniciada en la década de los 30, se

volvió fenómeno global hacia 1946, se acentuó en 1948 y tuvo sus repercusiones sociales hasta la década de los 60. Aunque sigamos siendo violentos, para nosotros la Violencia con mayúsculas es aquella.

En este momento podemos empezar a analizar cómo lo que es significativo en el lenguaje y la cultura popular, no lo es tanto en el arte y en particular en la literatura. Si la sociología popular creó ese gran Sujeto que es la Violencia, la literatura no ha podido crear ese gran personaje que es la Violencia. Si la María es la novela romántica con la cual lloramos en la adolescencia, si La Vorágine es la novela de La Selva, y no de la Violencia, aunque también tiene como tema esa otra violencia ancestral de la explotación del hombre, en especial del nativo, y desde nuestra perspectiva ambiental, de los ecosistemas, no aparece en cambio la novela de la Violencia. María se convierte en el “mito orientador” de la edad y la época romántica, la selva que se traga a Arturo Cova es el “mito orientador” de la inconmesurabilidad, y de la impotencia del hombre ante la fuerza telúrica. Pero las imágenes de la violencia no se han transformado en “mitos orientadores”.

Cuando postulamos que en Colombia no ha aparecido la novela de la Violencia, no se debe a que no haya novelas que tengan por tema estos años de la Violencia, por el contrario, hay muchas. En el libro clásico de Monseñor Guzmán, Fals Borda y Umaña Luna sobre el tema, se citan 22 obras. De ellas, Gustavo Alvarez Gardeazábal toma 9 y agrega 19 más para analizar narrativas sobre La Violencia, escritas antes de 1962, año de esa publicación. 28 obras narrativas en su tesis de grado sobre la narrativa de la Violencia en Colombia.

El libro citado de Ortiz Sarmiento añade atrás cinco, ¿Qué queda hoy de esas 45 publicaciones que signifique algo para la literatura? Para los tratados sociológicos e históricos tienen sentido pues de alguna manera hacen aportes extraliterarios. Pero, como construcción artística ‘¿Cuántas se salvan?’ ‘¿Cuáles son legibles hoy?’, ‘¿Cuáles se consiguen?’ ‘¿Cuáles tienen permanencia con valor literario?’ ‘¿Cuántas se pueden agregar a esta no despreciable lista?’ Basta repasarla: quedarían las de Caballero Calderón, La

Mala Hora, algunos momentos de Cien Años de Soledad y Noticia de un Secuestro de Gabriel García Márquez y El Día Señalado de Mejía Vallejo. Agregaríamos Cóndores no Entierran Todos los Días de Alvarez Gardeazábal, y de mi cosecha, para aportar un título a las listas mencionadas, del nariñense Carlos Bastidas Padilla, premio Casa de las Américas de 1975: Las Raíces de la Ira, que es de lo mejor que he leído del tema que estamos tratando.

Lo dicho vale refiriéndonos a la narrativa. Porque en poesía, el panorama es más desolador. El salto que dimos desde los poetas de la Revista Mito, por encima de los Nadaístas, para llegar a lo que algunos han llamado la generación del Frente Nacional, y después la generación sin nombre, nos dejan huérfanos de una poesía que refleje los sentimientos del momento reseñado de la Violencia. Para la poesía no ha significado gran cosa ese momento clave de la historia de Colombia. Algo tuvo el Nadaísmo, pero los Nadaístas que por generación eran los llamados a poetizar tal momento, se quedaron en rebeldías aliterarias contra el establecimiento, sin preocuparse por construir propuestas poéticas que nos señalaran ese momento histórico contra el cual estaban reaccionando y esto llevó al Nadaísmo a que no significara en el panorama nacional, de lo cual se salvan precisamente aquellos que se alejaron del movimiento y derivaron hacia otras posiciones.

Por otra parte, las muestras de literatura popular son pobres como lo podemos observar en los ejemplos que nos trae Monseñor Guzmán en su capítulo sobre Las manifestaciones culturales de los grupos en conflicto. (Guzmán, 1962, p. 218 y ss).

Pero si ni en el Nadaísmo ni en la cultura popular, La Violencia motivó la creación poética, tampoco en otras vertientes o culturas se refleja su presencia. El mejor ejemplo que encontré al preparar estas notas fue la selección de Gonzalo España sobre La Poesía Política y Social en Colombia. Es curioso que una publicación en tema tan específico y con tan ambicioso título, solo antologiza la poesía política de tres épocas: lucha contra España, la poesía social del siglo XIX y lo que llama la neocolonia signada por el acontecimiento supremo de la separación de Panamá. ¿Y en este siglo?



¿No hay poesía política y social? En esa antología no se presenta. Al vuelo podríamos mencionar como ejemplo La Epopeya del Cóndor de Aurelio Martínez Mútis, los poemas en prosa de Jorge Zalamea o algunos cantos de Germán Pardo García. No conozco ni he podido conseguir a Darío Samper quien según alguna referencia periodística canta a los campesinos y a los guerrilleros. Algunas muestras poéticas de Juan Manuel Roca, también tienen como tema la violencia, pero no ya con mayúscula. Ninguna, eso sí, trabaja la violencia desde la perspectiva ambiental.

Cuando se preparó el informe clásico ya citado sobre Violencia en Colombia, se quejaba Monseñor Guzmán de que a pesar de que la huella de la Violencia era “indeleble en la memoria de los sobrevivientes” (Guzmán et al. 1980, p.2) como lo puede atestiguar cualquiera de los que crecimos a su aciaga sombra,

“la nación carece de la visión exacta de lo que fue la violencia: ni la ha sopesado en toda su brutalidad aberrante, ni tiene indicios de su efecto disolvente sobre las estructuras ni de su etiología, ni de su incidencia en la dinámica social, ni de su significado como fenómeno, ni mucho menos de su trascendencia en la sicología del conglomerado campesino, ni de las tensiones que creó, ni de la crisis moral que presupone. En parte se debe esto a que la bibliografía sobre Violencia (literariamente hablando), ha echado por el atajo de la escueta enumeración de crímenes nefandos con inculpaciones partidísticas o de la fácil casuística lugareña vertida en novelas que no han logrado todavía la total dimensión interpretativa del fenómeno”.

Quizás estemos inmaduros para aportar la obra definitiva al respecto. (Guzmán et al. 1980, p.23)

Aunque discrepo un tanto de la conclusión de Monseñor Guzmán, porque ni la literatura ni ningún arte están hechos para interpretar la realidad pues este es el objetivo de la sociología y otras disciplinas, su apreciación sobre el papel de la novela tiene de cierto que no enfrentaron el fenómeno propio del tratamiento literario: escamotearon presentar los sentimientos, los dramas profundos del hombre y se tornaron o panfleto

inculpador o han sido epígonos de crónicas reporteriles, con muy poco acercamiento al tratamiento estético y menos, ambiental, del tema. Bastaría con leer los textos que componen la crónica imaginaria de la violencia en Colombia, realizada por Roberto Ruiz Rojas (1977). Los 21 cuentos o fragmentos que forman la antología, pueden tener clara intención política, pero literariamente dejan mucho qué desear. De esa antología se salva un cuento de Gabriel García Márquez, donde la única relación con la Violencia es que el alcalde va donde el dentista; el cuento “Un día de estos”, es por demás magnífico, y es incorporado por el autor de La Mala Hora. También se puede salvar literariamente el fragmento Miedo de Manuel Mejía Vallejo, escrito inicialmente en 1956 y que retoma el autor como capítulo 28 de “El día señalado”. Pero la verdad es que fuera de estos dos ejemplos citados la antología no pasa de mostrarnos panfletos, y para que el panfleto se vuelva creación literaria se necesita más que saber escribir: se necesita ser genio. En la literatura hay ciertos temas que sólo los genios pueden tratar impunemente hasta colocarlos a la altura de la creación artística. En esta categoría al único que podríamos incluir sería a García Márquez.

No es necesario inventar la razón del mal de esa antología. La introducción misma del compilador nos lo dice:

“La mayoría de los textos que componen estas páginas no son arte por el arte, sino arte de algún modo combativo, esclarecedor. También ellos, los escritores colombianos más jóvenes, han comenzado a comprender que callar ante ciertas situaciones aberrantes es hacerse cómplices, que al lado de la preocupación estética tiene que existir la de orden social”.

Y dice, esclarecedoramente, más adelante:

“La antología se hizo sobre cuentos, sobre un género literario entonces, procurando sí que fueran afortunadas simbiosis de calidad artística y realidad política. No son sin embargo, los mejores cuentos colombianos, ni siquiera (muchas veces) los mejores cuentos de los autores seleccionados” (Ruiz 1977, Notas de la introducción).

Lo que no comprende el autor de la nota introductoria es que cuando se mira con criterio artístico, con criterio literario, con criterio de narrativa, no se puede colocar el énfasis en el aspecto político. Si la intención es esclarecer, ¿qué esclarecen?. En este sentido más aclaración aporta un ensayo sociológico, un tratado político. Estamos frente a un maniqueísmo al pretender que si la obra de arte no se compromete con una posición o partido, se vuelve arte por el arte. Entonces se concluye que el arte por el arte es lo que no se compromete, lo que no tiene partido, lo que no toma posición. Y aún si así fuera, ¿es condenable?, no se puede confundir el mitin, el discurso político combativo ni el ensayo sociológico que también puede ser arte, con la intencionalidad estética. El artista trabaja primero con la intencionalidad, teniendo en cuenta que sus posiciones de todo tipo se reflejarán en la obra de arte, de una u otra manera.

Este tratamiento que estamos criticando, hace que en la literatura, la violencia se haya vuelto una anécdota y no una tragedia. Y en esto los autores empiezan a fallar, porque cuando nos quedamos con la anécdota y no llegamos a la tragedia, la obra se vuelve efímera, transitoria, porque la anécdota no es lo que nos interesa en la obra de arte, nos interesa la pasión o el sentimiento humano, y el sentimiento estético debe ser la tragedia, en este caso. Si nos quedamos sólo con la intencionalidad política o sociológica desembocamos en el panfleto. Tal enfoque no lo encontramos sólo en los narradores sino también en algunos críticos. Se podría mencionar como ejemplo de lo que creo no debe ser un análisis artístico, literario, el breve ensayo La Violencia en la obra de Gabriel García Márquez donde se toma El Otoño del Patriarca como si fuera un tratado de sociopolítica, aunque en algún momento quiera salvarse cuando expresa: “no queremos decir que García Márquez ha escrito un panfleto político entre tantos otros dedicados al tema. Por el contrario: siendo

fiel a su vocación de gran artista del lenguaje, el autor ha creado una obra de grandes proyecciones históricas” (Maldonado, 1977, p. 13). Sin embargo, fuera de este párrafo, se dedica a analizar la sociopolítica de la dictadura o de la opresión que está en la obra sin tener en cuenta el aspecto literario que es su razón de ser.

Entonces, la narrativa sobre la violencia, literalmente hablando, ha echado por el atajo de la escueta enumeración de crímenes nefandos con inculpaciones partidistas o de la fácil casuística lugareña vertida en novelas que no han logrado todavía la total dimensión interpretativa del fenómeno, concluyendo que quizás estemos inmaduros para aportar la obra definitiva. Cuando tratamos de encontrar la causa de este fenómeno, que puede parecer insólito, tenemos que volver al concepto de la cultura de la violencia y tratar de dar una explicación de sociología literaria, o de motivos de creación. Esta cultura de la violencia fue presentada de forma sintética por el consejero para los Derechos Humanos durante el gobierno de Virgilio Barco así:



“Hay parte de nuestros males que proceden sin duda y paradójicamente de los méritos del pueblo colombiano. En Colombia hubo, como tal vez en ninguna parte de Latinoamérica, un proceso de colonización campesina, la toma de las montañas por la gente de Nariño y de la Meseta Cundiboyacense. La casi increíble colonización antioqueña que lanzó generaciones y generaciones a fundar tierras y hacer patria como decían ellos. Si durante mucho tiempo se detuvieron las luchas agrarias a diferencia de lo que aconteció en México, en Bolivia y en muchos otros países, se debe a que nuestros campesinos estaban luchando más bien contra la selva que contra la propiedad. Se volvieron, por eso mismo, animosos, emprendedores; pero cuando se concentró otra vez



la propiedad de la tierra se hizo con una violencia inaudita. No fueron desalojados por medio del lento proceso de la competencia de una agricultura moderna contra una agricultura tradicional; fueron desalojados por el terror. Un terror como pocos países han vivido. No quiero recordar ahora ni las cifras ni las fotografías que narran lo que ocurrió entonces, en esos años cincuenta. Sin embargo me pregunto: ¿no estaremos pagando eso?. La llegada de masas y masas de campesinos desalojados, no atraídos por las ciudades, sino lanzados hacia ellas?” (Mejía, 1988, 1).

Estas características de la cultura han sido tipificadas por el mismo autor: (Mejía, 1988,2).

- Se descalifica al contrincante por acusaciones personales sin oír sus ideas.
- Hay actitudes violentas del hombre hacia la mujer, del poderoso hacia el débil.
- Los niños ingresan a la vida y al lenguaje de modo imperativo.
- Prima la intolerancia .
- Los valores supremos son los del poder y el dinero.

Entonces vamos percibiendo que, por estar tan inmersos en la cultura de la violencia no tomamos distancia. No percibimos que el mundo que nos ha tocado vivir está mal hecho. La insensibilidad de la violencia, la permanente, nos hace ver aquel período de la Violencia con mayúsculas, apenas como una referencia histórica que no ha tocado todavía la conciencia de la nación. La conciencia nos insensibilizó. No necesitamos recurrir a la construcción de mundos alternativos de ficción que nos liberen. No hemos podido recurrir a la función catártica que le señala Aristóteles a la Tragedia. Cuando los griegos se sintieron anonadados por el destino escribieron la Tragedia. La mujer totalmente aniquilada encontró su refugio en el lamento angustioso.

La cultura de la violencia esta unida a la cultura de la muerte y a los símbolos de la violencia.

Carlos Alberto Uribe T. (1988) señala cómo se han dado hasta ahora “explicaciones estructurales” que presentan la violencia como “expresión de lucha de

clases”, resultado del “bloqueo” producido por el régimen bipartidista producto del inadecuado sistema de tenencia de la tierra y otras similares, sin preocuparse por sondear el alma de los protagonistas de la violencia, en explicar la fascinación por la muerte, los motivos culturales que conducen al ritual de la solución por el derramamiento de sangre.

Si tal sondeo no aparece en los estudios sociológicos, podría tener justificación. Pero que no lo hagan los literatos parecería inexplicable. La literatura no ha creado el espacio psicológico en que se vive la experiencia de la muerte, el momento límite transido de miedo. Ese miedo que todos vivimos cuando de niños pasábamos las largas noches tratando de interpretar los múltiples sonidos de las veredas y esperando que no fuéramos nosotros o nuestros familiares parte del macabro cargamento que se depositaría al otro día en los andenes o patios para horror de todos. Ni la realidad psicológica de las víctimas, ni el ritual del asesino donde “victimarios y víctimas se confunden en un abrazo macabro de redención, de muerte para que otros vivan, o de vida para que otros mueran” es materia de nuestra narrativa.

En 1963, el pequeño poblado de Albania en la Provincia de Vélez vivió el sainete grotesco, la antisemana santa que tuvo como protagonistas por un lado a Clemente Roncancio, “bandolero”, liberal llamado El Jinete de la Muerte y por otro al pueblo vengador.

- ¿Qué secretos misterios del ama colectiva encierra este episodio? ¿Qué símbolos hay allí que revelen el alma colectiva ante el ritual del escarnio y la muerte?.

En cambio nuestra literatura se ha quedado en la anécdota que no profundiza en el anonadamiento, la aniquilación o la disolución a que se han visto sometidas generaciones de campesinos antes, como ahora de ciudadanos. Esta carencia, que es típica de la narrativa de América y que consiste en que el narrador se engolosina con la anécdota sacrificando la expurgación de las emociones y pasiones profundas del hombre, también está presente en la narrativa hasta ahora existente. Muchos de los escritores que no se presentan como típicos de esta narrativa no difieren sustancialmente del reportaje periodístico a no ser

porque éste se hace con nombres propios en tanto que la narrativa los trae ficticios. Pero no se trasciende la anécdota. No se ha llegado más allá de la historia particular de modo que se universalicen los valores imperantes en este hombre producto de la violencia. Cuando leí en el Tiempo la historia del campesino de Circasia, arriero y cultivador, macho y “hombre”, con la hombría que le da el no correrse ante ningún otro hombre así tenga que matar; cuando se enfrenta con coraje a la autoridad, por que tiene “valor”, veía la imagen nítida del machismo que juega papel clave en La Violencia. No encuentro aquí diferencia con algunos parajes con la narrativa de La Violencia: La novela no ha trascendido la particularidad. No ha habido la necesidad de encontrar el mundo alternativo a éste con el que no estamos contentos; La Violencia no nos inmuta. El recuerdo hasta nos admira, como podemos verlo en Cóndores no Entierran Todos los Días donde en el transfondo se puede entrever que León María (y aquí el personaje de la novela es homónimo al de la historia, para ratificar el parecido de la novela con la anécdota intrascendental del reportaje) era el macho defensor de una idea, que se ve presionado por su partido a seguir luchando por la defensa de la estabilidad social, en un marco social psicológico de adorno, sin profundidad en las emociones, los dramas, las pasiones de los personajes los cuales son planos, sin pliegues, y en ningún momento alcanzan a ser los mitos productores de la catarsis necesaria para aborrecer La Violencia. Son personajes acartonados de novelas que alcanzan a servir para inspirar guiones de películas con estilo telenovelsco en su sentido peyorativo pero que no tienen elementos que le den vuelo más allá de la misma anécdota.

Tal situación se da hasta en las narrativas que se salvan artísticamente en este panora-

ma de la literatura de la violencia en Colombia. En el caso, por ejemplo, que sucede en El Día Señalado de Manuel Mejía Vallejo, el protagonista de esta novela crece signado por la desgracia de su madre abandonada por el hombre que le deja a cuidar el mejor gallo de pelea de la comarca. “Algún día volverá” y la esperanza alimenta la ilusión de la madre, ilusión que se torna abandono, alimentando el odio del hijo. Como consecuencia éste tiene una especie de destino, pero un destino con minúscula, un destino mínimo, pequeñito, el destino de tener que vengar el abandono de su madre matando al hombre que transitoriamente pasó y la dejó. Debe buscarlo para matarlo. Esta es la anécdota. Es una fatalidad gratuita, porque sí, sin razones. Claro que el destino nunca tiene razones, pero hay destinos de destinos y este es un destino donde no se sienten las emociones, las pasiones del personaje, no se siente el anonadamiento, la opresión. Lo único presente es que debe cumplir un deber.

La anécdota está enmarcada en un pueblo con guerrilla en los montes vecinos, desconocidos, naturalmente hay muertos. Aun cuando se intenta crear símbolos con el volcán en permanente actividad (un poco como en Bajo el Volcán de Malcom Lowry), o el gallo y las peleas de gallos de transfondo, volvemos a constatar que lo anecdótico no es trascendido por la poesía. Los personajes se nos desdibujan, se nos pierden. En este

sentido, hay una obra que se destaca en el panorama poéticamente desolador que he presentado: La Mala Hora de Gabriel García Márquez. Aquí nuevamente el buen narrador muestra su genialidad. Hay que hacer la aclaración de que en una enumeración en orden de importancia artística de la obra García Márquez, La Mala Hora ocuparía la quinta o sexta posición. A pesar de eso,





en este panorama de la literatura de la Violencia, es una obra que alcanza a salvarse, porque a pesar de que también se centra en la anécdota de los pasquines, sin embargo los pasquines son el pretexto por medio del cual el autor va creando la atmósfera de terror en una población. Nunca supimos que decían los pasquines, nunca supimos ni siquiera de que trataban, sin embargo la calidad del narrador reside en que con ese cuento tan elemental, tan sutil que es el pasquín, va creando el ambiente de tensión hasta hacérselo sentir al lector. El problema que se le presenta al narrador es que no nos puede decir: ‘el pueblo tenía miedo’. El narrador debe crear la atmósfera de miedo de modo que el lector lo sienta.

En la literatura de la violencia que hemos revisado no encontramos que los autores creen esas atmósferas, esas situaciones que nos acercan intuitivamente a la emoción, al miedo. En Cóndores no entierran todos los días, al lector no llega a tener la sensación del miedo, simplemente percibe la anécdota. En la Mala Hora se percibe el miedo del pueblo, es un pueblo temeroso y lo que crea el temor es esa crisis psicológica que se va gestando; esa raíz de la cual van apareciendo los pasquines. Los pasquines son un elemento de la guerra psicológica. La anécdota es esa: sencilla. Pero lo importante no es la anécdota de los pasquines sino lo que está detrás de ella, la emoción que se va creando en el lector a partir de la anécdota. Esta es la razón para afirmar que una de las pocas obras sobre violencia que se sostiene literariamente es La Mala Hora.

Hay un narrador que podría colocarse en esta categoría pues tiene el mismo ingrediente de poder crear las atmósferas: Carlos Bastidas Padilla, nariñense, del cual hemos transcrito un breve cuento al principio de este ensayo, aun cuando sus construcciones lingüísticas denotan no haberse librado de ser epígono de García Márquez.

#### LA NARRATIVA Y LA REALIDAD

He encontrado que uno de los problemas de la narrativa de la violencia está en la confusión que se maneja alrededor de lo que entendemos por realidad y lo que entendemos como el papel de la literatura en su relación con ella. El concepto de la realidad en la narrativa y el

arte en general se ha tornado equívoco. Cuando nos dicen que una obra de arte no es verdadera porque no corresponde con la realidad supuestamente objetiva, que por lo mismo no es creíble, es mentirosa, se parte del equívoco de creer que la obra de arte está para traducirnos la realidad, cuando por el contrario el arte es mentiroso en su esencia, aun cuando en esto, metiéndonos en honduras que no son de nuestra competencia, diríamos que no hay mayor falsificación de la “realidad objetiva” que la historia, por que ni siquiera estas disciplinas como la historia, la sociología o la economía, tienen una realidad totalmente objetiva. No hay ningún conocimiento que se nos entregue con plena objetividad. Todos los conocimientos no llegan “a través de” nuestra mentalidad, posición política, cultural, etc.

No es que el historiador o el sociólogo nos quieran falsificar la realidad, sino que la realidad no se nos entrega objetivamente nunca. Es un problema de teoría del conocimiento que mencionamos de paso para mostrar que no podemos exigirle a la literatura una “verdad” entendida como la correspondencia lingüística con un mundo objetivo. Si no lo hacen estas disciplinas, no es por falta de voluntad, sino por imposibilidad filosófica; menos se lo podemos exigir a la literatura que no tiene como función entregarnos una visión cercana a la realidad, sino que por el contrario, debe crear alternativas a esta realidad mal construida que nos ha tocado en suerte. La literatura debe darnos ficciones. No se puede descalificar a Cien Años de Soledad, por mentirosa puesto que nos narra la ascensión de Remedios la Bella al cielo mientras que sacude las sábanas. Aunque parezca mentira, es poesía, y la poesía es la razón de ser de la literatura. En este momento a la literatura no le interesa que Remedios la Bella se haya volado con un chofet, como probablemente sucedió en la prosaica realidad. A la literatura le interesa la solución poética dada por la madre de Remedios, la real, de que se elevó al cielo en medio del aletear de sábanas limpias. La madre termina por convencerse de su versión y esta ficción sociológica la permite seguir viviendo con la cara en alto frente a sus congéneres. La poesía la ha salvado y esto es tan real como la otra situación. ¿Entonces de cual “realidad” hablamos? La literatura puede optar, pero no se puede descalificar cuando opta por la



segunda, como no se descalifica si la opción que toma es la primera en otro contexto. Yo prefiero la literatura que es trascendencia de lo prosaico.

Trayendo el asunto a nuestro tema de la Literatura sobre la Violencia, el mal profundo de esta narrativa está en que pretende mostrarnos una realidad objetiva, y pienso que lo que debe darnos es una alternativa a esa triste realidad. Entonces, los dos fenómenos: la inconsciencia de la violencia al volvérsenos un hecho cotidiano, y por consiguiente no ver su dramatismo y no necesitar situaciones catárticas que nos liberen de su peso opresor, han hecho que la narrativa de la violencia en Colombia no haya encontrado su obra fundamental.

Algunos plantean que necesitamos tomar distancia histórica, pues hace muy poco sufrimos su peso agobiador. Yo creo que no es ese el problema. El problema está en que nuestros narradores no han tomado los ricos temas de la nacionalidad, de la idiosincrasia propia como fuente de su obra. Aspectos tan ricos novelísticamente como las gestas de la independencia, la conquista, los conflictos de mestizaje, las guerras civiles del siglo XX o, para nosotros, la colonización antioqueña, apenas empiezan a plantearse. Hay acercamientos como *La Otra Raya del Tigre* de Germán Espinoza, *Los Pecados de Doña Inés de Hinojosa* de Próspero Morales Padilla, *El General en su Laberinto* del infaltable Gabriel García Márquez, o entre nosotros *Un Campesino sin Regreso* de Euclides Jaramillo Angel, pero no hay una intencionalidad en tocar lo que nos ha sucedido en la Historia, para lo cual, no siempre es de rigor esperar siglos, como lo muestran las magníficas narraciones de Mishima o de Kundera que están tratando los temas de su historia, prácticamente cuando suceden. Esté más cerca de Kundera la invasión a Praga del sesenta y ocho, que de nosotros nuestra época de Violencia con mayúscula, en conclusión no es que tengamos muy cercano el momento histórico, sino que no ha sido nuestro tema, o lo hemos tratado inadecuadamente, pues al no permitir el mal de la violencia no necesitamos de la literatura como catarsis. No necesitamos superar ese mundo mal hecho.

Entonces, ¿cómo debería ser la Literatura sobre la Violencia, o cuyo tema es la Violencia?. Por este

camino podríamos llegar a la paradoja de que la literatura de la Violencia debería ser algo así como *El Amor en los Tiempos del Cólera*, la literatura de la belleza, del amor por encima de los tiempos y las circunstancias, dejando el panfleto y anécdota para meternos más en otras alternativas, dejándole el cambio de ese mal trecho mundo objetivo a los políticos que tienen como misión en la tierra, cambiar el mundo, y dejándole la interpretación de ese mundo a los sociólogos, historiadores y economistas. Dejemos que la literatura nos presente la alternativa poética a este mundo maltrecho que nos ha tocado en suerte.

#### LEY DE FUGA

Después de que la revolución fue vencida por las tropas del gobierno, Régulo Ortega regresó a Puerto Ventura a seguir luchando por la causa que él nunca quiso aceptar, que se había perdido definitivamente en Palo Negro, en donde había peleado al lado del general Vargas Santos; ni siquiera quiso admitirlo, cuando de pronto se vio arrumbado en los sótanos de la cárcel municipal, sentenciado a sesenta años de prisión por los delitos de sedición, asonada y otros suficientemente graves como para no dejar cualquier pellejo deshecho en la cárcel del estado.

Los primeros treinta años los fue marcando en las paredes de su celda, con huequitos en donde guardaba los últimos trocitos de sus postreras esperanzas; después se decidió a tapar un hueco cada año; y cuando había tapado veintinueve y todavía le faltaban dos días, ocho horas y cincuenta segundo para cumplir su condena, el nuevo jefe de prisiones, temiendo una nueva revolución, decidió ser benévolo con el viejo prisionero; así pues, acompañado por un cabo, un dragoneante y media docena de policías, bajó al sótano y ordenó sacar al hombre.

Sólo cuando lo hubieron depositado en media calle para que se asoleara a la vista de todo el pueblo, pudieron percatarse de esas dos alas membranosas y transparentes que le habían nacido en su cuerpo desnudo, pequeñito, arrugado y pegado al suelo, y se llenaron de espanto cuando las vieron desplegarse, al ser doradas por el ardiente sol de enero.

Dos días estuvieron las gentes sentadas en la calle; con la esperanza morbosa de verlo levantar el vuelo; y cuando lo vieron elevarse sobre sus cabezas y enrumbar al mar, los policías dispararon sus fusiles largamente preparados y el viejo prisionero, dando chillidos y aletazos, se precipito al mar.

Las olas, que había alborotado con sus alas colosales, lo sepultaron para siempre en las profundidades del océano, cuando aún le faltaban siete horas y cincuenta segundos para cumplir su condena.

La Raíces de la Ira  
Carlos Bastidas Padilla.

#### BIBLIOGRAFÍA

ALVAREZ G. Gustavo, La novelística de la violencia en Colombia. Tesis de grado presentada a la Universidad del Valle.

ESPAÑA, G. (Comp.) La Poesía Social y Política en Colombia, Bogotá, Ancora, 1984.

GUZMAN , FALS BORDA y UMAÑA LUNA. La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social. Bogotá: Carlos Valencia, 1980 (2 vol.) la. Ed. Tercer Mundo, 1962.

LEON, R. Augusto, Poética y Política. En Grafía Plena. (Suplemento del diario La Patria, Manizales, 8 de mayo de 1988).

MALDONADO - DENIS, Manuel. La violencia en la obra de García Márquez. Bogotá: Sudamérica, 1977.

ORTIZ, S. Carlos Miguel. Estado y Subversión en Colombia. La violencia en el Quindío, año 50. Bogotá: Cerecé 1985.

RUIZ R. Roberto (Comp.) Crónica imaginaria de la Violencia en Colombia. Bogotá, Presencia, 1977.

TELLEZ, Pedro Claver. Crónicas de la vida bandolera, Bogotá, Planeta, 1987.

TIRADO, M. Alvaro. Palabras en el encuentro "Los personeros frente a los derechos humanos". Abril 1988.

\_\_\_\_\_. Palabras en el Acto por los Derechos Humanos en el Valle del Cauca. 1988.

URIBE T. Carlos Alberto. Nuestra Cultura de la Muerte, en el Magazín Dominical, El Espectador N° 265, abril 24 de 1988, p. 6-10.

